



KING, HENRY



AÑO I

NÚMERO 50

EL FILM DE HOY

Publicación semanal de argumentos de películas modernas

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

BARCELONA

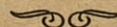


TE QUISE AYER

(I LOVED YOU WEDNESDAY, 1933)
Comedia americana, interpretada por ELISSA
LANDI, WARNER BAXTER, VICTOR JORY,
MIRIAM JORDAN.

Es un film FOX

(Oro de ley de la pantalla)



Distribuido por
HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280
BARCELONA

Postal Regalo: ALADY

Te quise ayer

Argumento de la película

I

¡Qué hermosa era Vicki Meredith!

Se comprendía que Randall Williams, un *gentleman* de elevada posición y dueño de una envidiable fortuna, se hubiera enamorado de ella hasta el punto de no negarle ningún capricho.

Vicki era arrogante, alta, magnífica de línea y de contíente. Una venus con modales de princesa. Una piel blanca, delicadísima, levemente sonrosada. Nácar en la garganta, un cielo en los ojos, perlas en la boca, entre la rosa encendida de los labios.

Y, sobre todo, aquella majestad, aquella gracia soberana de sus movimientos.

Prohibida la
reproducción

Se comprendía que Randall estuviera tan enamorado de ella.

Se habían conocido en París.

Vicki estudiaba en una academia de baile, no en una de esas fábricas de estrellas en serie para cabaret, sino en una verdadera escuela de danza.

Hacía rápidos progresos, porque así como en aquel cuerpo se había encerrado la belleza, en aquel espíritu había plasmado el arte.

Era una mujer de sensibilidad exquisita.

La casualidad la puso frente a Randall y Vicki creyó descubrir en él encantos varoniles, atractivos que jamás hallara en hombre alguno.

Le fué fácil a Randall obtener de ella, además de aquel espíritu sensible, aquel cuerpo tan hermoso.

Le fué fácil añadir el nombre de Vicki a la lista de sus éxitos, porque contaba con la admiración de ella.

Así pudo triunfar donde tantos habían fracasado.

Vicki era feliz. Amaba a su amante y se veía correspondida por él, el cual no la trataba con más respeto que si hubiera sido su esposa.

Por otra parte, sus triunfos como alumna en la escuela de baile, le aseguraban un brillante porvenir en el arte.

Y llegó el día en que sus profesores la dijeron que todo lo que le podían enseñar ya lo había aprendido.

—Ahora, señorita, sólo le falta debutar. Eso es difícil. La lucha por la fama es dura. Hay que vencer muchos obstáculos. Pero usted triunfará al fin. Usted tiene talento y voluntad.

Y Vicki salió de la academia haciendo esta reflexión:

—¡Triunfaré, triunfaré por encima de todo!

¿Era la riqueza lo que la atraía? No.

Su vida estaba asegurada. Randall era un hombre rico

que la adoraba, que la idolatraba, y que no le permitía tener preocupaciones económicas.

Era, sencillamente, que el baile la atraía, que las emociones de la danza eran un alimento para su espíritu.

Por eso y sólo por eso deseaba Vicki llegar a ser una bailarina famosa.

¡Trabajar en los mejores teatros! ¡Pertenecer a las mejores compañías! ¡Unir su arte y su talento a los de los más famosos directores de orquesta!

Una idea bullía en su magín cuando aquella tarde salió de la escuela de baile para no volver.

Propondría a Randall que hicieran un viaje a la Gran Bretaña.

Aquel viaje sería un placer para los dos: para él, porque se trataba de su patria; para ella, porque deseaba ver el hermoso país y descansar una temporada después de tantos meses de estudio.

Y he aquí que precisamente aquella tarde, cuando el mundo le sonreía, cuando se consideraba ya al pie del camino que había de conducirla a la felicidad soñada, Vicki sufrió el más amargo desengaño de su vida.

Fué como si, desde la luz de la cumbre, cayera de pronto en la sombra del abismo.

Vicki se enteró de que Randall estaba casado, de que su esposa iba a llegar para reunirse con él, de que tendría que estar separada de su amante durante el tiempo que la esposa permaneciera en París haciendo valer sus derechos.

Todo su castillo de ilusiones se vino abajo. La humillación y la vergüenza hincaron los dientes en su orgullo.

¡Randall la había engañado! Y no supo qué le dolía más: si el haber entregado su cuerpo a un hombre que no podía reparar el daño, o el haber hecho ofrenda de su corazón a quien no lo merecía.

II

Pero por encima de todo estaba su dignidad.

Cuando habló con Randall del doloroso asunto, quitó al hecho toda importancia y envolvió sus palabras en la música de sus risas.

—Unicamente te reprocho que no hayas sido franco conmigo. ¿Por qué no me dijiste desde el primer momento que estabas casado?

—Perdóname, Vicki. Estaba y estoy ciego por ti. Quería ser dueño de tu corazón a toda costa. Si hubieras sabido que era casado, no se habría realizado el más caro sueño de mi vida. Mi matrimonio fué un error que...

—¡Calla! Sé caballero hasta el fin. No creas que vas a halagarme hablándome mal de tu esposa.

—Eres admirable, Vicki.

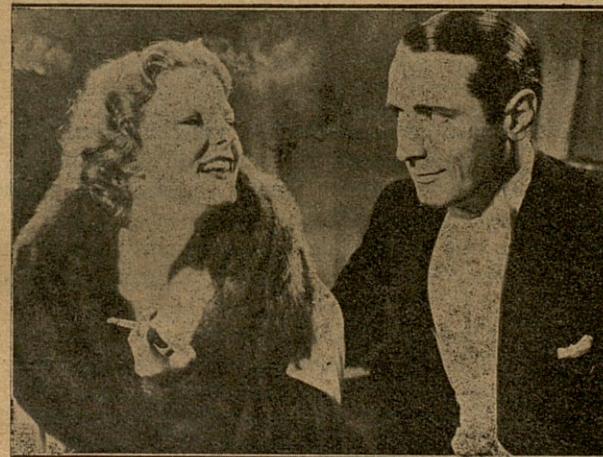
—Tengo mi modo de ver la vida: eso es todo. Te he amado como tal vez tú me has amado a mí. Hemos sido felices durante unos meses. Si ahora esta felicidad ha terminado, tendremos que buscar otra.

—¿Qué dices, Vicki? ¿Debo entender que esto significa la separación definitiva e irreparable?

—Nada hay eterno y definitivo más que la muerte. Lo que yo quiero decir es, sencillamente, que hemos de separarnos porque tu esposa está a punto de llegar.

—Podremos vernos.

—¿En las horas que ella te deje libres? No, querido.



...y envolvió sus palabras en la música de sus risas.

Nunca me alimento de sobras. No quiero limosnas ni residuos. Atiende a tu esposa, vuelve a su lado, cumple como un buen marido. Yo me debo a mi carrera y a ella voy a entregarme en alma y vida.

Y añadió con una sonrisa:

—Adiós.

—No, Vicki. No puedo consentir que te vayas.

Pero ella insistió con firmeza y sin que aquella seductora sonrisa se apagara en sus labios:

—Adiós.

* * *

Cuando se separó de Randall, cayó aquella máscara de indiferencia y la amargura más cruenta nubló su semblante.

Comprendió que le costaría mucho arrancar del corazón el recuerdo de aquel hombre.

Comprendió que habría de pasar mucho tiempo para que la desolación en que la había hundido su desengaño desapareciera.

Pero, como alguien le había dicho con gran acierto, poseía un rico caudal de voluntad, que le permitiría salir a flote en los más peligrosos naufragios de su vida.

Desde aquel momento, todas sus actividades se encaminaron a conseguir un contrato que la alejara de París y de Randall.

Y lo consiguió.

Una compañía de revistas que preparaba una *tournée* por América del Sur le ofreció un puesto.

Un trasatlántico enorme, verdadera ciudad flotante, la llevó a Sudamérica y allí trabajó en público por primera vez.

Pero ¿qué ocurrió a Vicki?

¿Por qué quien conocía tan a fondo la técnica del baile

y sentía aquel arte tan profundamente, no logró arrancar en el público un aplauso de cortesía?

Vicki comprendió en seguida la causa de su fracaso.

Muy fuerte era su voluntad, pero más fuerte era el recuerdo de su naufragio sentimental.

Randall estaba siempre presente en su memoria. Aquel desengaño la obsesionaba y llenaba su espíritu. Y en estas condiciones, es imposible abrir el espíritu a ninguna emoción artística.

El trabajo de Vicki era frío, mecánico. Y aquella frialdad se comunicaba al público.

Ni un solo aplauso.

Y la que empezó como segunda vedette, descendió a la masa del conjunto.

Sin embargo, entre los espectadores figuraba una noche Philip Fletcher, un ingeniero que acababa de dar cima a una obra formidable y se disponía a descansar después de haberse cubierto de gloria y de dinero.

Aquel hombre supo ver algo más que la belleza física de la fraca-sada.

Su mirada inteligente penetró a través de la piel nacarada y halló un corazón oprimido por un dolor inolvidable. Supo penetrar en el alma de Vicki por el camino abierto de sus ojos azules, supo hallar en aquel espíritu un caudal de ternura y de sensibilidad.

Desde el primer momento le interesó aquella mujer de un modo extraordinario.

Y como era hombre decidido y seguro de su corrección, se presentó a ella y le pidió su amistad.

—Soy Philip Fletcher, ingeniero—dijo a modo de presentación.

—¿Y qué interés tiene en que seamos amigos?

—¿No se ha sentido usted nunca atraída hacia una persona por una fuerte simpatía?

—Sí, pero a veces esas atracciones tienen un mal fin.

—Una amistad no puede tener nunca dolorosas consecuencias. Lo más que puede ocurrir es que se rompa y se olvide.

Vicki reconocía que aquel hombre le había sido simpático. De lo contrario, le habría dejado plantado a las primeras palabras.

Verdaderamente, ¡había en sus ojos un resplandor tal de franqueza y en su sonrisa tanta ingenuidad!...

No, no se podía esperar nada malo de un hombre así.

—¿Está usted seguro de aspirar tan solo a mi amistad?

—Completamente seguro. Si con el tiempo mis sentimientos cambian, me apresuraré a confesárselo.

—Y yo a desengañarle.

—¡Bravo! Me gustan las mujeres francas.

Le dió el tesoro de su amistad, que era lo único que podía darle.

Randall vivía aún en su corazón. Y cuando se ama de veras, el amor no puede compartirse, es indivisible y único.

III

Había terminado el plazo fijado en el convenio de Vicki con el empresario de la compañía.

No se le renovó.

Y como Vicki, en su inexperiencia de los negocios teatrales, no había tenido la precaución de hacer constar en el contrato que se le abonara cierta cantidad para regresar al punto de partida, se encontró abandonada y sin recursos.

¿Qué hacer?

Su gusto hubiera sido volver a París.

—Por Randall?

—No. Por el arte. En la capital francesa se respiraba el arte por todas partes.

La inteligencia y la espiritualidad estaban en el ambiente de la gran capital europea.

Allí podría hacer algo. Allí volvería a sentir las emociones de la danza. Allí no sólo ejecutaría, sino que también interpretaría.

—Pero ¿cómo marcharse a París, si no tenía dinero?

—Pedírselo a Philip?

El era un buen amigo. Se lo habría dado de buen grado y sin exigirle ninguna compensación. Pero su orgullo le impedía recibir un favor de un hombre al que más tarde o más temprano tendría que desairar.

Sí, el que había comenzado sintiendo hacia ella sólo una simpatía, una amistad, la miraba ahora de otro modo, aunque hacía todo lo posible por disimularlo.

Y a fe que lo sentía, porque Philip era lo que se llama un buen amigo.

¿Qué hacer?

Y esta pregunta se estaba repitiendo cuando se presentó Philip en forma de providencia.

—¿Qué va usted a hacer ahora, Vicki? —le preguntó.

—Ese es el problema. Estaba tratando de solucionarlo y no logró despejar la incógnita.

—Yo le voy a proponer una solución.

—Usted?

—Sí. Desde que me enteré de que la compañía se marchaba sin usted, mi única preocupación fué la situación difícil en que sus ingratos compañeros la dejaban.

—Es un motivo más de gratitud que tendré siempre hacia usted.

—Nunca hago nada para que me lo agradezcan.

—Veamos esa solución.

—Pues, verá usted. Yo voy a regresar a los Estados Unidos, donde, como usted sabe, tengo mi residencia. Usted puede aprovechar la ocasión para acompañarme. Se encontrará con el viaje pagado y, después, en un nuevo ambiente, donde tal vez sea más afortunada en la lucha. Por otra parte, en Nueva York no se encontrará usted sola. Tendrá siempre un amigo.

—Un amigo que algún día se cansará de hacer favores en balde.

—Mal me conoce usted, Vicki.

—Ojalá me equivoque. Entretanto, voy a aprovecharme de su generosidad. Pero le ruego una cosa, Philip.

—Usted dirá.

—Sea siempre muy franco conmigo.

—Lo seré.

—¿Me promete no ocultarme nada?

—Se lo prometo.

—Entonces, partiremos cuando usted guste.

Philip ya lo tenía todo arreglado. Vicki preparó su reducido equipaje en pocos minutos. Y aquel mismo día tomaron el buque que había de conducirlos a Nueva York.

En el barco ocurrió lo que tenía que ocurrir.

La poesía del mar al atardecer, aquel silencio majestuoso, la belleza de los tonos del agua y del cielo y la proximidad constante de Vicki, ejercieron su influencia en el corazón de Philip, ya preparado por la simpatía y la admiración para mayores empresas.

En uno de aquellos atardeceres, mientras la quilla del buque abría el agua en espumoso abanico, Philip murmuró al oído de Vicki:

—Prometí no ocultarle nada, y voy a cumplir mi promesa. Vicki, la amo. Yo sabía que esto había de ocurrir tarde o temprano, porque usted es una mujer a la que es imposible conocerla sin amarla. Si al menos me hubiera producido usted alguna decepción, si hubiera descubierto en usted algo que hubiera parecido un defecto, podría haberme aferrado a él como un naufrago a la tabla de salvación para curarme! Por el contrario, de día en día he ido descubriendo en usted nuevos encantos y nuevas virtudes, de día en día ha ido aumentando mi convicción de que no encontraré jamás otra mujer como usted.

Vicki permaneció silenciosa. No se atrevía a contestar. Era

tan doloroso, tan indigno de aquellas nobles palabras lo que tenía que decir...

Pero Philip comprendió su lucha.

—No quiero hacerla sufrir. Veo que usted quiere y no puede darme una negativa. Lo adivino como he adivinado antes que en su vida hay otro amor que usted no puede olvidar. Sin embargo, quiero decirle que si algún día olvida usted ese otro amor, yo la estaré esperando. La esperaré siempre, aunque pase toda la vida esperándola, la esperaré, porque yo no quiero ni puedo amar a otra mujer.

Vicki estaba asombrada. No tenía noticia de un amor tan noble y elevado. Eso sólo era posible en un hombre como Philip. Y he aquí que ella no podía amarle. No podía amarle, porque el recuerdo de Randall la obsesionaba. Pero aun así, aun sintiéndose de otro hombre, experimentó una sensación de deslumbramiento ante tanta magnanimidad, ante tanta amplitud de espíritu.

Y la halagaba sentirse amada de aquel modo, la halagaba porque las magníficas ondas de aquel amor la envolvían y la transportaban a un mundo ideal, mucho más hermoso que el de los egoísmos y las hipocresías humanas.

IV

Pudo volver a París gracias a Philip. El le prestó el dinero del pasaje, sin que ella se lo pidiera, cuando supo que Vicki deseaba hacer aquel viaje.

Y en París, Vicki se convirtió rápidamente en una gran bailarina.

¿Fué el ambiente, como ella se había dicho? ¿Fué que había ido olvidando su obsesión por Randall y tomando un poco de cariño a Philip, aquel hombre que de modo tan sublime la amaba? ¿Fué que la inspiró aquel amor sobrehumano?

Lo cierto fué que triunfó en toda la línea, que todas sus facultades salieron a relucir en los escenarios parisienes y que su fama se extendió rápidamente por todo el mundo.

De todas partes le llegaban contratos.

Sin embargo, Vicki eligió uno de ellos sin vacilar. Aquel contrato era de Nueva York.

Anunció su viaje a Philip, y él, loco de emoción y de alegría, fué a recibirla.

A la sazón estaba el ingeniero ocupado en la construcción

de una gigantesca represa, otra obra formidable que había de llenarlo de gloria.

—Bien sabía yo que habías de triunfar.

—Y yo también, Philip. Siquiera por no defraudarte, puse todo mi empeño en llegar muy arriba, a esas alturas del renombre y de la fama que tú conoces tan bien.

Todas las noches iba Philip al teatro y todas las noches la acompañaba después de la función.

La amistad se estrechaba cada vez más y aunque Philip, como siempre, veía en Vicki algo más que una amiga, callaba discretamente.

¿Llegaría el momento en que pudiera repetir al oído de Vicki la canción de amor que ella ya había escuchado una vez?

Acaso llegara, pero hasta entonces Philip sería discreto, no turbaría aquella deliciosa confianza con que Vicki le trataba y aquel afecto con que le distinguía.

York iba a terminar.

Y llegó el día en que la actuación de Vicki en Nueva

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó Philip.

—Ese es el problema.

—Como la otra vez, ¿te acuerdas?

—Sí, como la otra vez, aparentemente. En el fondo, ahora es todo muy distinto. ¿Tienes acaso alguna solución?

—Sí.

—¿Cuál?

—Que dediques una temporada al reposo.

—No está mal pensado. Pero creo que en Nueva York hay demasiado ruido para descansar.

—Por supuesto. Hay que salir de esta urbe enloquecedora. El mar es mi pasión. Tengo un yate que está dispuesto para partir. ¿Y si emprendiéramos mañana un viajecito por mar?

—¿A solas contigo?

—Y con la tripulación.

—Reconozco que es una buena idea. También la otra vez me propusiste que me embarcara contigo.

—Y aceptaste.

—Pero ahora sé lo que va a ocurrir, sé el efecto que los viajes por mar producen en tu corazón, sé que... en fin, sé lo que tú sabes.



—...Con un hombre así se puede ir a todas partes

—¿Y eso te detiene?

—No, Philip. Ya te he dicho que esta vez, aunque en apariencia es todo lo mismo, en el fondo es todo muy diferente.

—¿Entonces?

—Mañana embarcaré en tu yate.

—No equivalía esto a una promesa de amor?

—No quería decir Vicki que se iba con él a pesar de que

sabía que en el yate no podría seguir callando sus sentimientos? ¿No era esto como un deseo de volver a escuchar aquellas palabras de amor?

Y mientras Philip, radiante de alegría, se hacía estas reflexiones, Vicki estaba en manos de su masajista, una buena señora que había contratado en París y a la que había llegado a tomar afecto.

—Te voy a comunicar un secreto—le dijo—. Mañana me voy con Philip en su yate. ¿Qué te parece?

—Mi opinión es, señorita—repuso la masajista—, que no puede usted haber elegido mejor compañía que la del señor Fletcher. Con un hombre así, se puede ir a todas partes.

—¿Por qué?

—Porque es un caballero como hay pocos y porque quiere de veras a la señorita.

—Tú crees?

—Estoy convencida, tan convencida como usted, aunque lo disimule. Si la señorita me autoriza a que le dé un consejo, le diré que debe casarse con el señor Fletcher.

—¡Alto! ¡Alto! Eso es ir demasiado aprisa.

Y Vicki se reía al pronunciar estas palabras, se reía con la alegría desbordante del que se siente feliz.

V

Poco después, Vicki recibía una gardenia, su flor favorita.

¿Quién se la enviaba? No había con las flores tarjeta ni billete ninguno que le permitiera deducirlo.

Pero una sospecha inquietante la dominó.

Aquella flor sólo Randall se la enviaba cuando vivían felices en París.

Después, ella había hecho todo lo posible por olvidar aquella flor, que tan amargos recuerdos le inspiraba.

Y si no había hablado a nadie de aquella flor, si nadie sabía la predilección que en un tiempo había tenido por ella, ¿quién podía enviársela, sino Randall?

Y, en efecto, poco después llegaba Randall a casa de Vicki.

Ella le recibió fríamente.

No fué una frialdad ficticia. Fué que, realmente, en aquel instante, Randall no le inspiraba lo que le había inspirado en otro tiempo.

—¿No me preguntas a qué he venido, Vicki?—preguntó

Randall al ver que su ex amante no parecía dispuesta a romper su frío mutismo.

—Si he de serte franca, no me interesa.

—Es posible que cambies de modo de pensar cuando te diga que he conseguido el divorcio.

—Tampoco me interesa, Randall.

—¿Será posible que me hayas olvidado?

—Hubiera sido lamentable que no lo lograra.

—Yo, en cambio, no he dejado de pensar en ti un momento.

Y como Vicki sonriera incrédulamente, con lo que demostraba que Randall no le era tan indiferente como pretendía darle a entender, él añadió:

—¿No lo crees? ¿Entonces a qué he venido aquí? ¿Qué finalidad puede haber tenido este viaje?

Ella empezaba a sentir la antigua obsesión que aquella voz le inspirara en otro tiempo.

Era como si en su corazón despertaran sentimientos que sólo las palabras de Randall podían resucitar.

Por eso, como indignada consigo mismo, exclamó:

—No te esfuerces, Randall. He encontrado al hombre al que en realidad amo.

Y como si el cielo quisiera ayudarla a defenderse, en aquel momento de peligro y de vacilación, Philip llegó para, como de costumbre, acompañar a Vicki al teatro en aquella última noche de su actuación en Nueva York.

—Es Randall Williams, un antiguo amigo.

Estas fueron las primeras palabras de Vicki cuando vió entrar a Fletcher.

Philip le tendió cordialmente la mano.

—¿Williams? ¡Qué casualidad! Tengo el honor de conocer a su esposa.

A Randall le parecieron sumamente inoportunas aquellas palabras.

Philip, muy lejos de sospechar los lazos de unión que realmente existían entre Vicki y Randall, propuso:

—¿Y si esta noche, a la salida del teatro, fuéramos a cenar los tres juntos?



—Es Randall Williams, un antiguo amigo.

—Me parece sencillamente una gran idea—repuso Randall.

A Vicki no le parecía tan bien, porque se temía a sí misma, pero no tuvo más remedio que aceptar, para no demostrar a Randall sus vacilaciones.

Aquella noche tuvo Vicki uno de sus triunfos más brillantes.

El público la despidió con fervorosos aplausos.

Y después, acompañada de los dos hombres entre los que ahora vacilaba su corazón, se dirigió a un restaurante de moda.

Por saludar a unos amigos, Philip, inconsciente del peligro que su amor corría con ello, dejó solos a Randall y a Vicki.

Y cuando ya se disponía a volver a la mesa de donde se había levantado, quedó sorprendido al encontrarse con la señora de Williams.

No era probable que hubiera visto a su esposo, pues se encontraba al otro extremo del comedor.

Fué a saludarla.

—¡Qué casualidad! — exclamó Philip —. Precisamente he visto a su esposo hace unos momentos.

—¡Ah! ¿sí?

—Sí, amiga mía.

—¿Dónde, si no es indiscreción?

—En... el club.

Instintivamente, había mentido.

¿A qué mujer puede agradarle que su marido haya ido a visitar a una hermosa artista?

Pero la señora de Williams sonreía incrédula.

—A mi marido no le interesa el club. Es una mujer lo que le mueve a abandonarme de vez en cuando.

—¿Una mujer? Podría asegurarle...

—No le defienda. Esta misma noche ha venido aquí con ella. Mírelos usted. Están la mar de amartelados.

Philip miró hacia la mesa de Vicki y una mezcla de sorpresa y malestar le invadió al ver que su amada y Randall hablaban, en efecto, como no suelen hablar dos simples amigos.

Una sospecha pasó por su alma.

—¿Acaso su marido ya la ha dejado otras veces por esa mujer?

—Sí. Por eso ya me voy acostumbrando. Al fin vuelve a mi lado, desengañado y arrepentido, que no en balde he sido yo su primer amor.

Le pareció a Philip que las paredes del restaurante amenazaban con desplomarse sobre su cabeza.

¿Luego Randall era el hombre que durante tanto tiempo había constituido la obsesión de Vicki?

Molesto ante lo que parecía un engaño, ya que Vicki no había tenido la franqueza de decirle que Randall era su antiguo amor, y acaso su amor presente, dijo decidido a la señora de Williams:

—Haré que su marido venga a saludarla.

Y antes de que la dama pudiera contestar, se dirigió a la mesa, interrumpiendo la conversación de sus amigos en el momento que parecía más interesante, a juzgar por el entusiasmo que ponían en sus palabras.

—Hay alguien en el otro extremo del comedor que desea hablar con usted, amigo Williams.

Randall miró hacia el ángulo que Philip le indicaba, se inmutó al ver a su esposa y antes de que ésta pudiera dar un espectáculo, decidió ir a saludarla.

—Podías haberme dicho francamente que ese hombre te seguía interesando y me habrías evitado la violencia de estar con vosotros esta noche.

Philip había pronunciado estas palabras ásperamente y Vicki empalideció.

—Acaso estaba segura ella de preferir a Randall?

—Te aseguro, Philip...

—No acostumbro pedir explicaciones, Vicki. Cada cual es dueño de su persona. Tú puedes elegir entre Randall y yo. Cuando te decidas, vuelve conmigo o vete con él. Yo estaré mañana en mi yate.

Y se levantó y se despidió de ella dignamente.

Entretanto, Randall y su esposa bailaban, porque ella se lo había pedido.

—¿Qué me cuentas de Vicki? —preguntó la dama.

—Hubiera preferido no hablar de eso —repuso Randall, —pero puesto que tú lo quieres, acabemos de una vez con esta situación enojosa. Te confieso francamente que la amo.

—Otras veces has creído lo mismo.

—No nos engañemos, querida. Nuestro matrimonio es absurdo. Lo mejor es que nos divorciemos por las buenas.

—Jamás te concederé el divorcio. Quiero que siempre puedas volver a mí. Mi conciencia me impide facilitar tu ruina.

—Pues te advierto que esta vez no lograrás nada, porque Vicki y yo hemos convenido marcharnos a París esta misma noche.

La noticia impresionó a la señora de Williams profundamente, pero supo disimular su emoción.

Cuando se separaron, Philip fué a reunirse con la esposa de su rival y con ella permaneció toda la noche, sin ni siquiera preocuparse por la ausencia de Vicki y Randall.

Cuando la señora de Williams decidió retirarse, Philip la acompañó a su casa.

Por mucho que quería hacerse el indiferente, no lo conseguía. Vicki no se apartaba de su pensamiento y, con habilidad, llevó la conversación a aquel tema, con objeto de que la señora de Williams le hablara de los amores de la artista con Randall.

—Creo que esta vez todo ha terminado definitivamente entre nosotros —dijo la dama con tristeza.

—¡Bah! Como siempre.

—Eso creía yo, hasta que me he enterado por el propio Randall de que esta noche se va a París con Vicki.

Estas palabras produjeron profunda impresión en Philip.

Pero ni por un momento se le ocurrió ir a hacer una escena a la ingrata. ¿Con qué derecho? ¿Acaso ella le había prometido algo? ¿Acaso había pasado de dejarle entrever una posibilidad, sólo una posibilidad, de aceptar su amor?

No, no tenía derecho a interponerse por la violencia. Hubiera sido impropio de un hombre sensato.

Y se decía con amargura que en aquel momento Vicki

estaría en su casa, arreglando su equipaje en compañía de Randall, para tomar el vapor que había de conducirlos a Europa.

De pronto, su vista se fijó en un retrato de la señora de Randall que adornaba un mueble.

—¡Magnífico retrato!—comentó Philip.

—Sí, me lo hizo Randall durante la luna de miel.

No hizo Philip ningún comentario, pero cuando la señora de Williams se retiró a sus habitaciones para cambiarse de ropa, puso en práctica un plan que súbitamente se le había ocurrido.

Llamó a un criado y le dijo que preparara una maleta con lo más imprescindible para el señor Williams, pues había de partir de viaje aquella misma noche.

Antes de que el criado cerrara la maleta, introdujo en ella el retrato y, finalmente, ordenó al criado llevara el equipaje a casa de Vicki.

* * *

Vicki estaba arreglando sus maletas cuando llegó la de Randall.

Quedó un tanto extrañada ante la tranquilidad con que la señora de Williams tomaba la separación de su marido.

¡Incluso le envía la maleta!

Randall estaba afeitándose.

“Sacaré la ropa que se ha de poner a bordo para ponerla en el maletín”, se dijo Vicki.

Y abrió la maleta.

Empalideció al ver el retrato de la esposa de Williams.

¿Qué significaba aquello?

¿No era aquel retrato como una acusación en aquellos



Vicki estaba arreglando sus maletas...

momentos en que iba a cometer Vicki la doble locura de destruir la paz de un matrimonio y perder ella misma a un hombre como no volvería a encontrar otro en el mundo?

Sí. Ante aquel retrato, le pareció volver a la realidad, darse cuenta de muchas cosas que hasta aquel momento no había podido comprender.

¿Acaso seguía ella amando a Randall? ¿No era su agra-

dable recuerdo lo que pretendía revivir marchándose con él?

Y pensó en Philip, y se dijo que las emociones que aquel hombre había despertado en su corazón no las había despertado nunca Randall.

No, aunque en un momento de obsesión ella creyera lo contrario, aquel amor que ella pretendía resucitar al recor-



...Vicki repuso al amor con amor...

dar horas que habían pasado para siempre, para siempre había pasado y muerto también.

Y con súbita decisión, fué al teléfono y llamó a la esposa de Randall.

Cuando oyó que el auto de ésta se detenía a la puerta, se deslizó sigilosamente, con el propósito de ir en busca de Philip.

Pero no tuvo que buscarlo, porque él la estaba esperando en el vestíbulo.

* * *

Y al día siguiente, mientras los esposos Williams se reconciliaban, en el yate de Philip se reproducía una escena de amor que ya había tenido lugar en un trasatlántico.

Pero ahora los resultados fueron muy distintos, pues Vicki repuso al amor con amor y el capitán del yate los casó, con lo que el viaje de recreo quedó convertido en viaje de bodas.

FIN

Distribución para España:

**Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**
Barbará, 16.-BARCELONA :: Evaristo S. Miguel, 11.-MADRID

Números publicados:

1. LA EMISORA FANTASMA, por Ralph Forbes.—2. PORQUE TE QUIERO, por Nancy Carroll y John Boles.—3. DURO DE PELAR, por James Cagney, Mary Brian. — 4. CENTRAL PARK, por Joan Blondell, Wallace Ford. — 5. ASI ES BROADWAY, por Ginger Rogers, Joan Blondell, Ricardo Cortez, etc. — 6. EL DEMOLEDOR, por Jack Holt. — 7. LA DAMA DEL AVIÓN, por James Murray, Evelyn Knapp, etc. — 8. PALACIO FLOTANTE, por George Brent, Zita Johann, etc. — 9. SE NECESITA UN RIVAL, por George Arliss, etc.—10. EL ABUELO DE LA CRIATURA, por Stan Laurel y Oliver Hardy. 11. ¡HOOP-LA!, por Clara Bow, Richard Cromwell, etc. — 12. NOCHES EN VENTA, por Herbert Marshall, Sari Maritza, etc.—13. MADISON SQUARE GARDEN, por Thomas Meighan, Marion Nixon, etc.—14. ¡HOLA, HERMANITA! por JAMES DUNN, BOOTS MALLORY, etc. — 15. LA LEY DEL TALIÓN, por Spencer Tracy, Claire Trevor, etc.—16. MURALLAS DE ORO, por Rosita Moreno, Norman Foster, etc.—17. LA LOCURA DEL DOLAR, por Walter Huston, etc.—18. POR UN BESO, por Georges Milton, Tania Fedor, etc. — 19. CIVISMO, por Charles Bickford, Richard Arlen, etc. — 20. EL PRECIO DE LA INOCENCIA, por Jean Parker, Willard Mack etc.—21. SÁBADO DE JUERGA, por Gary Grant, Nancy Carroll, etc. — 22. JIMMY Y SALLY, por James Dunn, Claire Trevor, etc. — 23. ALIAS LA CONDESA, por Alison Skipworth, Richard Bennet, etc. — 24. A LA SOMBRA DE LOS MUELLES, por Claudette Colbert, Ben Lyon, etc.—25. PERDONÉ, SEÑORITA, por John Gilbert, Robert Armstrong, etc. 26. FALSA ACUSACIÓN, por Richard Talmadge, etc. — 27. CUPIDO DE UNIFORME, por H. Liedike, etc.—28. BROADWAY Y HOLLYWOOD, por A. Brady, F. Morgan, etc. — 29. EL EXPRESO DE ORIENTE, por H. Angel, N. Foster, etc.

Esta semana en las selectas
EDICIONES ESPECIALES

DE

La novela semanal cinematográfica

inauguración de las grandes exclusivas
de la temporada 1934 - 1935
con la sentimental novela

LA PORTERA DE LA FABRICA

(según la famosa obra de
XAVIER de MONTÉPIN)

¡No deje de adquirirla!

EDICIONES BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841
BARCELONA



EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS

TELEF. 18841 - BARCELONA